

Las pequeñas causas producen los grandes efectos, dice un axioma que en esa vez ví confirmado. Nuestro viaje á Oaxaca no pudo quedar reservado para el gobierno ni menos el resultado que por medio de él obtuvimos, que fué el compromiso claro y solemne del general Diaz con la revolucion, y como era muy natural, el gobierno se movió todo cuanto le fué posible preparándose á la defensa. No podian ver el Presidente y sus ministros muy perceptiblemente todo el reguero de pólvora con que les habiamos rodeado para volarlos; pero si presentian que algo grave iba á pasarles, sobre todo cuando lograron cerciorarse de que yo, el héroe de Charco Es-

CAPITULO VIII.

EL PLAN.

condido, el infatigable opositor en el *Padre Cobos* y el *Mensajero*, el más furibundo de los descontentos, el amigo de los hombres de acción y de los escritores públicos, el partidario de más influencia en el porfirismo fuera de Benitez, que era el jefe supremo, aun sobre el mismo caudillo que le prestaba siempre mucha atención; cuando se fijaron en esto, repito, llegaron á persuadirse, de que la cosa iba seria y tomaron sus medidas.

La primera y principal fué, gastar todo el dinero que quedaba de lo destinado á fondos secretos, en pagar agentes de policía de todas gerarquías y condiciones. Los habia generales, los habia diputados, los habia profesores en todas carreras, los habia propietarios, los habia artesanos y los habia infelices. Hasta algunas mujeres, de esas que tienen el ojo vivo y la palabra fácil é insinuante, vinieron en esa época á seguir nuestros pasos, rodeándonos de un molesto y tenaz espionaje.

Recuerdo que estaba en México una señora paisana mia, cuyo nombre callo, porque no sé si vive y tiene hijos y parientes que pudieran considerarse ofendidos; que aunque nos conociamos de vista, jamás nos habiamos dirigido un saludo ni en México ni en Guadalajara.

Un dia, cuando me encontraba quizás más desprevenido, despues de haber pasado los primeros momentos de mi regreso de Oaxaca, sin llegar á sufrir ni prision, ni alguna otra molestia, y cuando en union de otros compañeros, iba á lanzarme de nuevo á la conspiracion desenfrenada, fué presentándose la dama en mi

casa. Era de noche, había visitas y la señora aquella, que no quería dar nada en qué sospechar, hizo que la introdujeran también á la sala, manifestando á la persona que la introdujo, que tenía grandes relaciones conmigo.

Y yo fui, sin embargo, el primero en sorprenderme de su presencia.

Sin experimentar la menor turbación, supuesto que ya iba muy bien preparada, me dijo tendiéndome la mano:

—Querido paisano, ¿cómo está? presénteme, vd. á su familia.

Hice la presentación.

—Ahora á sus relaciones.

La presenté con dos generales, un escritor, un médico, un abogado y tres señoras que formaban nuestra tertulia.

En seguida habló á todos con la llaneza y la confianza de una antigua conocida, aunque fué la primera en despedirse, bajo pretexto de un coche que no era suyo sino de una amiga que la estaba esperando.

Al día siguiente se encontraban todos aquellos nombres en las listas de la policía recomendados á la vigilancia de la misma como sospechosos.

La señora espiona dijo que su empeño para relacionarse con nosotros, era el de tomar parte en nuestros trabajos en contra de Juárez, al cual aborrecía por las inconsecuencias infinitas que había hecho con su familia.

Nosotros, todos, la creíamos de buena fé y si bien

no la ocupábamos en nada por un resto instintivo de desconfianza, en cambio nó nos ocultábamos de ella para nada, ni interrumpíamos nuestras conversaciones cuando llegaba, en las que llegó de seguro á sorprender cosas que interesaban mucho al gobierno. Y como por nuestra parte ignorábamos que se estaban destinando gruesas sumas dedidadas á propagar el espionaje y estábamos muy lejos de figurarnos que sirviera de espía una dama que en las apariencias no tenía necesidad alguna de hacer villanías á cambio de un poco de dinero, á cada momento nos poníamos sin saberlo en el peligro de ser atrapados infraganti delito, que era lo que se procuraba.

El gobierno sabía ya, sin caberle la menor duda, que estaba elaborándose una vasta conspiración; pero no podía, gracias á nuestras precauciones, ni apoderarse de los principales hilos, ni conocer á punto fijo los nombres de las personas que formábamos el directorio.

En resumen, la señora aquella, lo mismo que todos los espías del gobierno, no pudieron comunicar á éste más, que lo que se sabía por conducto de nuestros periódicos: que componíamos la falange de los descontentos, que éramos muchos y que estábamos disponiéndonos para ir hasta la revolución.

Esto lo decía Mirafuentes en su periódico *La Oposición*, que era el más bravo de todos, y lo repetíamos los demas opositoristas en todos los tonos: ¡Libertad completa ó revolución! era nuestro grito diario de combate en el estadio de la prensa.

El gobierno, estaba pues, muy alarmado con motivo de mi viaje á Oaxaca, que vino á dar no sólo moral sino insolencia á nuestras filas, y aquel tomó sus medidas, no sólo para defenderse, sino para aplastar á la hidra revolucionaria por donde quiera que asomara la cabeza.

Y nosotros, ¿qué era lo que hacíamos entretanto?

Al día siguiente de llegados, nos dirigimos á las ocho de la mañana á ver á D. Justo Benitez: éste se encontraba advertido de nuestra visita por Mena, que ya le habia dicho por el correo el día que llegábamos. Nos acogió con alguna reserva.

Le hablamos de las bellas perspectivas de Oaxaca y sus alrededores; de las sorpresas de que á cada paso éramos presa en el camino, ya por las inmensas montañas, ya por los pintorescos rios, como el llamado de las Vueltas, que siempre se está pasando, y lo demas que llamó justamente nuestra atencion en el camino; le encomiamos como era debido el buen carácter de los oaxaqueños; le relatamos uno á uno los accidentes del viaje y llegámos por fin al objeto que lo habia motivado....

—¿Qué le pareció á vd. Porfirio? me preguntó Benitez, sin poder ya contener su impaciencia.

—Me ha encantado, le contesté: tiene á mi parecer la talla que yo le buscaba para que pudiera ser el gefe de nuestro partido.

—Bien le dije á vd. que yo no temia que conociera á nuestro gefe.

—No fué la curiosidad la que me llevó á Oaxaca, sino el deber.

—No pregunto á vd. lo que arreglaron, porque ya recibí cartas.

—Sí, dijo Juan Muñoz, Mena nos advirtió que encontraríamos aquí el plan, porque ya lo habia mandado en tiras en tres correos.

—¿Puede vd. enseñarnos ese plan? me apresuré á decirle yo.

—Se ha extraviado una tira, contestó Benitez, y aunque han llegado dos y pueden dar alguna luz, eso seria muy trabajoso y he preferido hacer un plan nuevo.

Muñoz Silva y yo nos mirámos.

—Un plan nuevo! murmuré entre dientes.

—El general dijo que no queria que le variaran el pensamiento que habia vaciado en el suyo, dijo Juan pudiendo apenas alcanzar aliento por la emocion.

Yo fuí en su auxilio agregando:

—Positivamente: el general nos encargó con mucha especialidad, que Zamacona y Ramirez, pasaran por el tamiz de una correccion escrupulosa su escrito, sin variar el pensamiento.

—No importa nada de eso: yo se cuál es el pensamiento de Porfirio; tiene ya á estas horas una copia de mi plan, que es el mismo suyo, con algunas enmiendas y cuento de antemano con su aprobacion.

—Segun nos dijo, no queria contraer compromisos con la Nacion, que le fuera despues imposible cum-

plir, ni lastimar al partido lerdistista que es tambien de oposicion: lo que únicamente quería que constara en el plan era los motivos que hay para desconocer el gobierno de Juarez y defender clara y netamente la Constitución de 57.

—Voy á leer á vds. mi plan, y van á ver si no les gusta.

—¡Ah! ¿lo tiene vd. aquí?

—Sin duda: y estaba esperando á vds. para dárselos: ¿no son vds. los que lo han de llevar á la frontera?

—Sí.

—Pues aquí está.

Y en seguida nos leyó, lo que ya un poco más modificado, vino despues á ser el plan de la Noria.

Como el mismo Benitez lo leyó muy de prisa y no tiene pronunciacion muy clara, no pude coger mucho grano en la primera lectura y sí noté que contenía mucha paja y entre esta algunas citas en inglés, en latín y en otros idiomas.

—Esto no va á pegar en este país, le dije yo, sin saber cómo habia de combatir aquel aborto; esto es una novedad, á que nó estamos acostumbrados los mexicanos. Seria mejor seguir la opinion del general Díaz: cuatro ó cinco verdades bien dichas y en seguida el golpe rudo de abajo el dictador! abajo D. Benito Juarez! Esto es lo que entienden todos y esto hay costumbre de hacer en nuestras revueltas.

—Este plan está tomado casi textualmente del que redactó la Convencion americana de 1847.

—Entonces no va conforme con las ideas del general Díaz.

—Porfirio hará lo que yo le diga que haga.

—No es fácil que en la frontera ni en alguna otra parte quieran proclamar ese plan.

—En ese caso Porfirio no se pondrá á la cabeza de la revolucion.

—Si se pondrá, porque ya se comprometió con nosotros.

—Hará solo lo que yo le diga.

—Hará lo que le dicte su deber.

—Pues yo respondo á vds. desde este momento de que Porfirio no se moverá para nada.

—A la vez iba á hacer pedazos el manuscrito.

Lo detuvimos con un ademán, le suplicamos que se calmara y prometimos leer por segunda vez el plan y darle nuestra aprobacion siempre que se le suprimieran las partes en latín, en inglés y en otros idiomas.

Accedió á hacerle algunas reformas de acuerdo con Zamacona y Ramirez, y nosotros ofrecimos verlo despues para llevarlo y hacerlo secundar en la frontera en caso de que nos agradara.

Como era natural que sucediera, ni Benitez quedó satisfecho de nuestro viaje á Oaxaca, ni nosotros del resultado que ibamos á obtener despues de tantos trabajos. Sabiamos que el plan que se invoca en una revolucion no es lo principal, puesto que siempre hay tiempo de reformarlo como el de Acapulco; de que el

éxito hace bueno cualquiera y de que lo importante es contar con la opinion; pero el plan que nos leyó Benitez nos pareció tan complicado, tan confuso, tan extravagante, tan defectuoso, que no pudimos ménos de sentirnos asaltados por algun desaliento.

Nuestro verdadero embarazo fué cuando los amigos generales nos dieron cita para que les rindiéramos cuenta de nuestra mision llevada á Oaxaca.

—¿En dónde está el plan? me preguntó uno de ellos.

—¡El plan!... murmuré pidiendo auxilio con una mirada suplicante á Muñoz Silva.

—Se extravió en el correo, exclamó este, pero Benitez tiene unas tiras y está procurando descifrar el todo supliendo las palabras que faltan.

—Porque nosotros no queremos ningun plan de Benitez sino que venga directamente del general Diaz.

—Por supuesto que el plan lo firmará el general antes que ningun otro.

—Nosotros preferimos no meternos en nada si el general Diaz no manda el plan ni se pone á la cabeza del movimiento.

—De ninguna manera obedeceremos nosotros á Benitez.

—Ni tendremos fé alguna en el plan que él redacte.

Y nosotros éramos los que nos encontrábamos en el aprieto mas espantoso.

Por un lado teníamos la amenaza de Benitez de que el general Diaz no se pondria á la cabeza del movimiento si no se aceptaba aquel plan que nos habia parecido á primera vista descabellado, y por el otro te-

niamos las amenazas de los generales que eran unos diez ó doce, y entre ellos algunos de prestigio, los cuales opinaban que no se mezclarian en nada si no recibian el plan directamente del general Porfirio Diaz como garantía de que él iba á ponerse al frente de la revolucion.

Nosotros nos sentiamos con el deber de conjurar aquella tormenta y pudimos conjurarla en parte.

Cuando volvimos á ver á Benitez nos leyó su plan reducido ya á una tercera parte.

—Está muy bueno, le dijimos, este está muy bueno.

Y nos llevamos una copia para nuestros generales.

—Qué te parece el plan? me preguntó Muñoz Silva cuando estuvimos en la calle.

—Magnífico! le dije, así debe parecernos hasta delante de nosotros mismos, si no queremos exponer el éxito de esta gran empresa que bastante mal está comenzando.

—Yo por mi parte no se lo hago proclamar á Treviño.

—Ni yo á Martinez.

—Pues vámoslo rompiendo y les decimos que no hay mas plan que derribar á D. Benito Juarez.

—Convenido.

E hicimos trizas la copia del plan forjado por D. Justo Benitez.